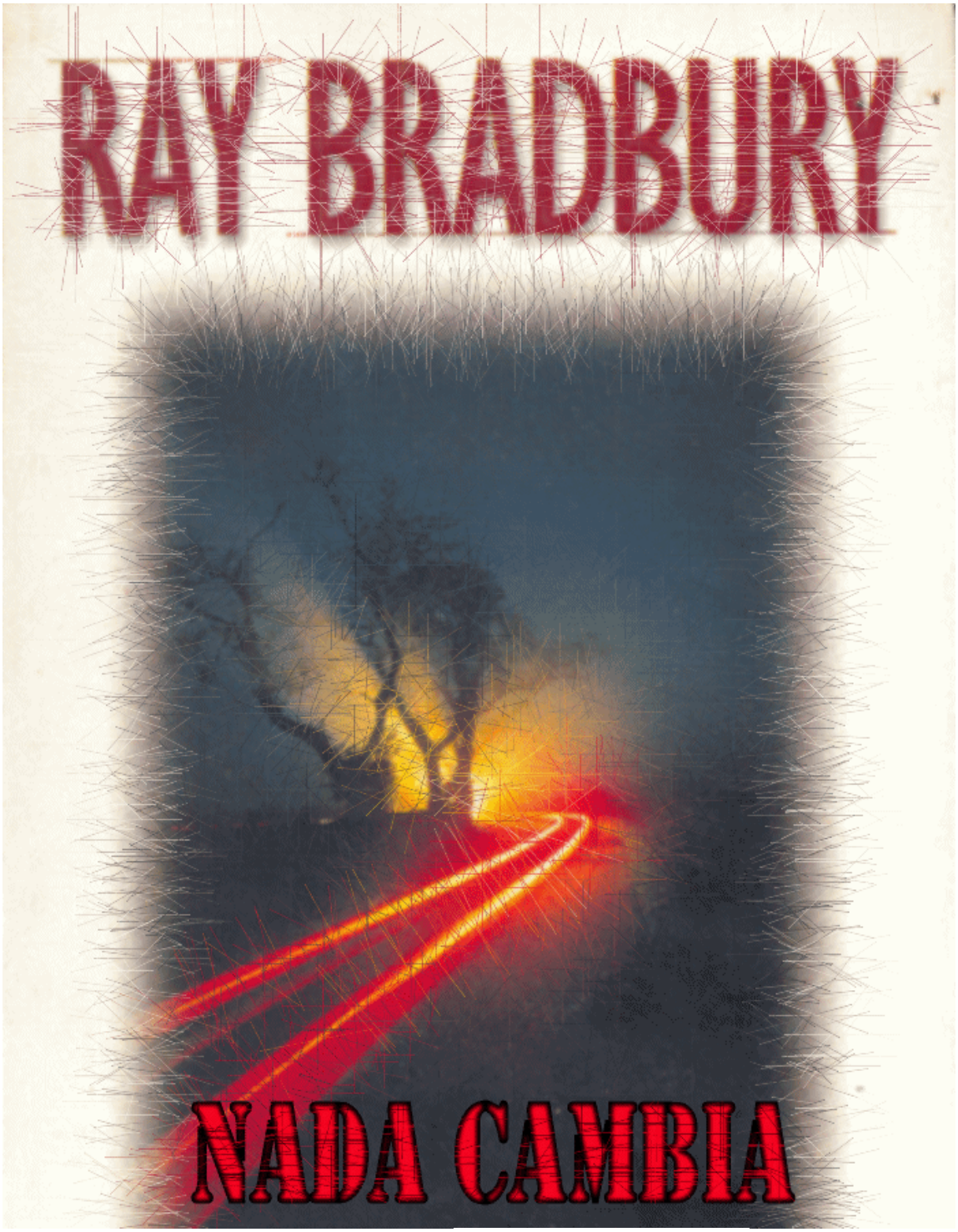
NADA CAMBIA
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

HAY JUNTO AL MAR UNA FANTÁSTICA LIBRERÍA INUNDADA POR el sonido de la marea que lame los pilotes del muelle y mece el local, los libros alineados en los estantes y a quienes hurgamos entre ellos.

El local es oscuro y un techo de chapa resguarda los diez mil libros que uno puede desempolvar y hojear.

Y no sólo me atrae la marea de abajo sino la de arriba cuando la lluvia redobla y repiquetea sobre ese techo con la metralla de una orquesta de tambores y címbalos. Cada vez que el mediodía, cuando no mi alma, como le sucedía a Ismael, se vuelve noche cerrada, me dirijo hacia la borrasca de abajo y la tempestad de arriba, al tamborileo de la chapa que, hilera tras hilera de libros, sacude las polillas que roen las páginas de autores olvidados. Con mi sonrisa como linterna, me paso allí el día entero.

Embravecido por la tormenta, un mediodía puse proa a la librería La Ballena Blanca. Caminé a paso lento hacia la entrada acosado por mi servicial taxista, que me escoltaba, paraguas en mano.

-Por favor, ¡quiero mojarme! -dije para contenerlo. -¡Si está loco, allá usted! -me contestó. Y se marchó. Gloriosamente empapado, me zambullí en el interior del local, me sacudí como un perro y me quedé inmóvil, con los ojos cerrados, para escuchar la lluvia que aporreaba el alto techo de chapa.

-¿Para qué lado rumbeo? -pregunté a la oscuridad. La intuición me señaló la izquierda.

Hacia allí enfilé y, sumidos en el tintineo del aguacero (tintineo... ¡qué maravillosa palabra!), hallé estantes repletos de antiguos anuarios de colegios secundarios, algo que suelo rehuir, al igual que los funerales.

Es que las librerías son, por naturaleza, cementerios donde los viejos elefantes posan sus huesos.

Sin demasiado entusiasmo, recorrí el lomo de los anuarios: Burlington, Vermont; Orange, Nueva Jersey; Roswell, Nuevo México... enormes sándwiches de recuerdos provenientes de cincuenta estados. Me abstuve de tomar mi propio y abandonado anuario, que yacía sepultado cual una cápsula del tiempo de los años de la Gran Depresión con sus manuscritos insultos: "Hasta nunca, tonto. Jim". "Que tengas una gran vida, si es que vives para contarlo. Sam." "Para un escritor genial pero deplorable amante. Fay."

Soplé el polvo depositado sobre el anuario del Colegio Secundario Remington de Pensilvania y hojeé las páginas pobladas por aguerridos jugadores de béisbol, basquetbol y fútbol que ya hacía tiempo habían abandonado la lucha.

1912

Pasé la vista por un centenar de rostros radiantes.

"Tú, tú y tú", pensaba. "¿Qué tal les fue en la vida? ¿Tuvieron un matrimonio feliz? ¿Se llevaron bien con sus hijos? ¿Vivieron un primer gran amor? ¿Le siguieron otros? ¿Cómo, cómo habrá sido su vida?"

Demasiadas flores de demasiados féretros. Tantas miradas anhelantes, tantas sonrisas optimistas.

Estaba a punto de cerrar el libro pero...

Mis dedos habían quedado sobre los retratos de la promoción de 1912, que aún no sospechaba siquiera la Primera Guerra Mundial, y de pronto una de las fotografías atrajo mi atención v me llevó a exclamar sin aliento:

-Pero, por Dios, ¡si es Charles! ¡Charlie Nesbitt!

Pues sí. Allí estaba su imagen captada en un año lejano, las pecas, la cresta de gallo de su pelo, las orejas grandotas, la nariz atrompetada y aquella dentadura que parecía un choclo. ¡Charles Woodley Nesbitt!

-¡Charlie! -repetí. El cielo seguía disparando perdigones contra el techo de chapa. Un escalofrío me recorrió la espalda. -Charlie, ¿qué haces acá? -dije con la voz apagada.

Llevé el libro hacia un sector mejor iluminado, mientras el corazón me palpitaba con violencia, y miré sin creer lo que veía.

El nombre escrito debajo del retrato era Reynolds. Winton Reynolds.

Lo aguarda Harvard.
Aspira a ser millonario.
Le gusta el golf

-Pero, ¿y la foto?

-¡Pero si es Charlie!

Charlie Nesbitt era espantosamente feo, un maestro del tenis, un gimnasta sobresaliente, un nadador veloz y un coleccionista de chicas. ¿Cómo era posible? ¿Acaso esas orejas, esos dientes y esa nariz ejercían un hechizo sobre las mujeres? Si hasta hubiéramos tomado lecciones para ser como él.

Y ahora aparecía en una página equivocada de un viejo libro de un año perdido en el tiempo, con su sonrisa estrafalaria y sus caprichosas orejas.

¿Habrá habido alguna vez dos Charlie Nesbitt vivos? ¿Gemelos separados al nacer? Pero ¡vamos! El Charlie que yo recordaba había nacido en 1920, el mismo año que yo. ¡Un momento!

Volví a sumergirme en los estantes, torné mi anuario de 1938 y pasé rápidamente las hojas hasta que di con:

Sueña con ser un profesional del golf.
Marcha rumbo a Princeton.
Desea volverse rico.

Charles Woodley Nesbitt.

¡Los mismos dientes ridículos, las mismas orejas absurdas, la misma aglomeración de pecas!

Apoyé uno junto a otro los anuarios para estudiar el rostro de aquellos aparentes "mellizos".

¿Aparentes mellizos? *¡Pero si eran un calco!*

La lluvia continuaba marcando su ritmo machacón en el techo.

-¡Ay, Charlie! ¡Uf, Winton!

Llevé los volúmenes hasta la parte delantera del local y el señor Lemley, tan viejo como sus libros, me miró por encima de sus anteojos estilo Benjamin Franklin.

-Así que encontró esos. Lléveselos. Obsequio de la casa.

-Señor Lemley, mire...

Le mostré las fotos y los nombres.

-¡Parece imposible! -exclamó con un suspiro de incredulidad-. ¿Son parientes? ¿Hermanos? No... Pero es el mismo tipo, eso sí. ¿Cómo descubrió esto?

-No sé. Por casualidad.

-La verdad es que mete miedo. Pero es una coincidencia. Se produce una cada un

millón de nacimientos, ¿no?

-Sí. -Volví las páginas hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez. -Pero ¿y si en todos los anuarios de todas las ciudades de todos los estados hubiera rostros idénticos...? ¡Cómo! ¿Qué acabo de decir? -grité al oírme.

¡Y si en todos los anuarios hubiera rostros iguales!

-¡Abran paso! -exclamé.

Removí cielo y tierra, como diría más tarde el señor Lemley. Así como Shiva con sus múltiples brazos es el dios de la Venganza y el Terror, yo era un dios menor pero mucho más ruidoso que tomaba los libros con diez manos y maldecía ante cada revelación, cada susto y cada motivo de júbilo, como único testigo de un gran desfile que marchaba hacia ninguna parte acompañado por diferentes bandas en ciudades diseminadas por un mundo ciego. De vez en cuando, mientras saltaba entre los estantes, el señor Lemley me traía café y susurraba:

-Descanse un rato.

-¡Es que usted no entiende! -le contestaba yo.

-No, no entiendo. ¿Cuántos años tiene?

-Cuarenta y nueve.

-Bueno, ahora pórtese como un niño de nueve años que va corriendo por el pasillo del cine en medio de una mala película porque se hace pis.

-¡Buen consejo! -Salí corriendo y regresé enseguida. El señor Lemley inspeccionó el piso de linóleo para ver si no había derramado alguna gota.

-Continúe -me indicó.

Revisé más y más anuarios.

-Acá está Ella *otra vez. Y* Tom, el doble de Joe. Y Frank, el que se parece a Ralph... pero ¡qué digo que se parece, si es la viva imagen! ¡Y Helen, que es la réplica de Cora! Y Ed, Phil y Morris, los sosias de Roger, Alan y Pat. ¡Por favor, esto es una locura! -decía mientras las hojas de unos veinte libros aleteaban como mariposas y algunas se desgarraban en el apuro. -No se preocupe, señor Lemley. ¡Se lo *voy* a pagar!

En pleno frenesí, me detuve en la página cuarenta y siete del Libro de Recuerdos del Colegio Secundario de Cheyenne del año 1911.

Porque ahí estaba el pánfilo, el bobalicón, el ignorante, la gallina pusilánime, el alma perdida.

¿Su nombre, en aquel año remoto?

DOUGLAS DRISCOLL.

¿Su mensaje para el futuro?

Admirado como actor.
Pronto se sumará a las filas de los desempleados.
Se encamina al reconocimiento literario.

Un pobre tonto, un soñador sin remedio, al fin exitoso. Douglas Driscoll, Cheyenne, 1911.

Yo.

Con lágrimas en los ojos, me abrí camino a los tumbos por entre los estantes y emergí del crepúsculo de los libros para mostrar mi nostálgica ofrenda al señor Lemley.

-Pero ¿qué es esto? -Pasó la mano por la fotografía. -No puede ser que esta persona se llame Driscoll. ¡Si es usted mismo!

-Sí, señor.

-Pero ¡qué increíble! -dijo con suavidad-. ¿Conoce a este muchacho?

-No.

-¿Tiene parientes en... Wyoming?

-No, señor.

-¿Cómo lo descubrió?

-Tuve una corazonada.

-Sí, no hay duda de que usted hizo sangrar a las piedras.

-Contempló a mi mellizo gemelo retratado medio siglo atrás.

-¿Qué va a hacer? ¿Va a rastrear a este hombre?

-Si vale la pena buscarlo en los cementerios.

-Tiene razón, pasó mucho tiempo. ¿Y a los hijos o nietos?

-¿Qué les voy a decir? Además, no necesariamente se parecerán a él.

-Bueno, pero si en 1911 hubo un muchacho parecido a usted, ¿quién dice que no hay alguno más cercano? Hace veinte años o por qué no este mismísimo año.

-¡Repita eso!

-¿Qué? ¿Este mismísimo año?

-¿Tiene alguno de este año? Algún anuario, quiero decir.

-Huy, no sé. Pero dígame, ¿por qué está haciendo esto?

-¿Nunca sintió que está a punto de hacer un descubrimiento sensacional y arrasador? -pregunté, exaltado.

-Una vez estaba nadando y encontré un pedazo enorme de algo horrible. "¡Ámbar gris!", me dije. "¡Voy a venderlo a alguna fábrica de perfumes por miles de dólares!" Fui corriendo a mostrarle esa porquería al bañero. ¿Ambar gris? ¡Pero si son tábanos! Lo arrojé de vuelta al mar. ¿Se refiere a ese tipo de descubrimiento arrasador?

-Quizás. Algo relacionado con la genealogía, con la genética.

-¿Desde qué año?

-De la época de Lincoln. ¿O de Washington, Enrique VIII? Dios, siento como si descubriera la Creación, una verdad evidente que estuvo toda la eternidad frente a nuestras propias narices y nunca la vimos. ¡Esto podría cambiar la historia!

-O arruinarla -replicó el señor Lemley-. ¿Está seguro de que no estuvo bebiendo allá atrás, entre los estantes? No se quede ahí parado. ¡Muévase!

-¡En marcha se ha dicho!

Me lancé a leer y arrojar, descartar y revisar, pero no había ningún anuario reciente. Resolví recurrir al teléfono y la correspondencia *aérea.*

-Pero, Christopher, ¿sabe lo que le va a costar? ¿Puede darse el lujo de hacerlo? -advirtió el señor Lemley.

-Si no lo hago, me muero.

-Y si lo hace, igualmente va a morir en el intento. Es hora de cerrar. Voy a apagar las luces.

Durante la semana previa a las ceremonias de graduación me llegaron torrentes de anuarios de todo el país.

Pasé dos noches en vela, hojeando, sacando fotocopias, confeccionando listas de coincidencias, recortando y pegando un centenar de caras nuevas junto a cien rostros del pasado.

"Eres como un idiota obcecado en un caballo desbocado. ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde pretendes llegar? Y ¿para qué, por el amor de Dios?", me preguntaba.

No tenía respuestas. Frenético, iba al correo y hablaba por teléfono, enviaba y

recibía, como un ciego encerrado en un armario que se probaba desvaríos y descartaba razones.

La correspondencia llegaba como una avalancha.

Era imposible, pero real. ¿Y todas las reglas de la biología? A la basura. ¿Qué era la historia del hombre? Mutaciones darwinianas. Accidentes genéticos que daban a luz nuevas especies. Genes descarriados que volvían a urdir la trama del mundo. Pero ¿y si había réplicas de mutaciones caprichosas? ¿Y si a la Naturaleza le daba hipo y su aguja saltaba hacia atrás? Y luego, habiendo perdido su razón genética, ¿qué impediría donar generación tras generación de Williams, Brown y Smith? Y no en una misma familia, no. Sino reencarnaciones fruto del descuido, materia ciega atrapada en un laberinto de espejos. No, es imposible.

Sin embargo, ahí estaban. ¡Decenas de caras reflejadas en cientos de rostros de todo el mundo! Gemelo tras gemelo, *in excelsis.* ¿Y dejaba eso lugar para la nueva carne, para una historia de progreso y supervivencia?

"Cállate y bébete la ginebra", me dije.

La afluencia de anuarios de colegios secundarios continuó.

Pasaba las páginas como si estuviera haciendo una abanico con un mazo de cartas hasta que, por fin...

Apareció.

Su llegada me provocó una úlcera en el estómago.

Había un nombre en la página 124 del Anuario del Colegio Secundario de Roswell, publicado esa misma semana. Ese nombre era.. .

WILLIAM CLARK HENDERSON.

Miré la foto y vi...

Mi reflejo.

¡Vivito y coleando, a punto de graduarse esa misma semana!

Mi otro yo.

Una réplica exacta de cada pestaña, cada ceja, cada poro pequeño y grande, cada vello de las orejas y cada cilio de la nariz.

Yo mismo.

"¡No!", exclamé en mi interior. Volví a mirar. "¡Sí!"

Di un salto. Salí corriendo.

Tomé una carpeta con fotos, volé a Roswell y, transpirando y sin perder un minuto, paré un taxi que me dejó frente al colegio a las doce del mediodía.

El desfile de egresados ya había comenzado. Me desesperé. Pero de pronto, mientras los jóvenes avanzaban, una inmensa calma me invadió. El Destino y la Providencia me susurraban al oído mientras mi mirada recorría los doscientos jóvenes rostros que avanzaban en fila y algunas sonrisas eufóricas de los que llegaban tarde, locos de contento ahora que la larga espera por fin concluía.

Los jóvenes avanzaban en su camino hacia el bienestar o eventuales guerras, hacia el derrumbe conyugal, hacia el éxito o el fracaso laboral.

Y allí estaba él. William Clark Henderson.

Mi otro yo.

A medida que él caminaba riendo junto a una bella joven de pelo oscuro, evoqué mi propio perfil retratado en mi anuario del secundario muchos años atrás. Vi la suave línea de su barbilla, las mejillas sin afeitar, los ojos miopes que jamás entenderían la vida, se esconderían en las bibliotecas y se agazaparían tras la máquina de escribir.

Cuando pasaba junto a mí, levantó la vista y quedó paralizado.

Estuve a punto de levantar la mano para saludarlo, pero me contuve al ver que le era imposible reaccionar.

Se tambaleó como si le hubieran pegado en el pecho. Se puso pálido y avanzó a los tumbos hacia mí, con el semblante demudado.

-¡Papá! ¿Qué estás haciendo acá?

Sentí que se me paraba el corazón.

-¡No puedes estar acá! -gritó el joven, con lágrimas que le rebasaban los ojos-. ¡Estás muerto! ¡Moriste hace dos años! No puede ser. ¿Qué...? ¿Cómo?

-No -dije al cabo de un instante-. No soy...

-¡Papá! -Me tomó de los brazos.

-¡Ay, Dios, qué alegría!

-¡No! ¡Te equivocas!

-Entonces ¿quién eres? -preguntó con voz implorante. Hundió su cabeza en mi pecho.

-¿Qué está pasando? Lo aparté de mí.

-Por favor. ¡Te están esperando!

Se echó hacia atrás.

-No entiendo -dijo, el rostro asolado por las lágrimas.

-Soy yo el que no comprende -repliqué.

Volvió a tambalearse hacia mí. Levanté rápidamente la mano.

-No. No te acerques.

-¿Te quedarás hasta después? -gimió.

-Sí -contesté, atormentado-. No... No lo sé.

-Por lo menos, quédate a mirar.

No respondí.

-Por favor -suplicó.

Finalmente, asentí con la cabeza y vi que sus mejillas recuperaban el color.

-¿Qué está pasando? -volvió a preguntar, perplejo.

Dicen que los que se ahogan ven pasar su vida por la mente como un relámpago. Con William Clark Henderson paralizado en medio del desfile, mis pensamientos, sumidos en la profundidad de la revelación, buscaban respuestas, mas no las hallaban. ¿Habría en todo el mundo familias con pensamientos, planes, sueños similares encerrados en idénticos cuerpos? ¿Existiría un complot genético para adueñarse del futuro? ¿Llegaría el día en que padres, hermanos, sobrinos y primos jamás vistos, jamás reconocidos, se erigirían en soberanos? ¿O acaso se trataba tan sólo del espíritu y el hálito de Dios, de Su Providencia, de Su Voluntad inescrutable? ¿Seríamos todos semillas idénticas arrojadas al voleo en la vasta geografía para que nunca se encontrasen?

Entonces, de alguna manera amplia e inconmensurable, ¿seríamos hermanos de los lobos, las aves y los antílopes, todos dibujados y coloreados en igual forma, año tras año y generación tras generación hasta perderse en la noche de los tiempos? ¿Y con qué propósito? ¿Para ahorrar genes y cromosomas? Pero ¿por qué? ¿Acaso los rostros de esta Familia dispersa desaparecerán para el 2001? ¿O se incrementarán las réplicas hasta unir en un abrazo a todos los cuerpos emparentados? ¿O sería tan sólo un milagro de la mera existencia, imposible de comprender para dos tontos aturdidos que se gritaban de una generación a otra en una ceremonia de graduación de un día de verano?

Todos estos interrogantes iluminaban como fugaces relámpagos la oscuridad que nublaba mi vista.

-¿Qué está pasando? -repetía mi otro yo.

El desfile de jóvenes ya casi había concluido y atrás quedaba una escena en la que dos idiotas deliraban con voces similares.

Dije algo para mis adentros que él no podía oír. "Cuando se acabe esto, debo romper las fotos y quemar las notas. ¡Seguir con los viejos anuarios y los rostros perdidos me va a llevar a la locura! ¡Destruye todo, ya mismo!"

Los labios del joven se movieron, trémulos. Leí las palabras que pronunciaban.

-¿Qué acaba de decir? -preguntó.

-Que nada cambia ¯susurré. Y luego, en voz más alta, repetí: -¡Que nada cambia!

Aguardé hasta oír las palabras de Kipling en ese himno de profunda melancolía: "Señor Dios de antaño, no nos abandones. No sea que olvidemos".

No sea que olvidemos.

Cuando vi que William Clark Henderson recibía el diploma en sus manos...

Di media vuelta, llorando, y me marché.